

®BuscaLegis.cj.ufsc.br

**REVISTA Nº 26**

**Ano 14 - julho de 1993 - p. 78-80**

## **Para que América se descubra a si mesma\***

**Eduardo Galeano**

Desde el principio, fue una historia de equívocos. Colón murió convencido de que había estado en el Japón y en las costas de China. Y cuando se supo que él había llegado a una tierra que Europa no conocía, se llamo "descubrimiento" a ese regalo del azar.

Y desde entonces, los indios han sido y son condenados por el delito de ser. Apenas cuatro años después de que Cristóbal Colón pisara por primera vez las playas de América, su hermano Bartolomé inauguró el quemadero de Haití. Seis indios, culpables de sacrilegio, ardieron en la pira. Los indios habían cometido sacrilegio porque habían enterrado unas estampitas de Jesucristo y la Virgen. Pero ellos las habían enterrado para que estos nuevos dioses hicieran más fecunda la siembra del maíz, y no tenían la menor idea de pecado o culpa

Tanto la leyenda negra como la leyenda rosa han multiplicado en los siglos siguientes los malentendidos que signaron el ingreso de América en la historia occidental. Los dos extremos de esta oposición, falsa oposición, nos dejan fuera de la verdadera historia, que poco o nada tiene que ver con la historia escrita por y para los vencedores. Tanto la leyenda negra como la leyenda rosa nos dejan fuera de la realidad. Ambas interpretaciones de la conquista de América revelan una sospechosa veneración del tiempo pasado, fulgurante cadáver cuyos resplandores nos encandilan y nos enceguen ante el tiempo presente de las tierras nuestras de cada día. La leyenda negra descarga sobre las espaldas de España, y en menor medida sobre las de Portugal, la responsabilidad del inmenso saqueo colonial, que en realidad benefició en mucho mayor medida a otros países europeos, y que hizo posible el desarrollo del capitalismo moderno. España tenía la vaca, pero otros tomaron la leche, desde el ya lejano día en que los banqueros genoveses contribuyeron a financiar la primera expedición de Colón. La tan mentada "crueldad española" nunca existió: lo que sí existió, y existe, es un abominable sistema que necesitó, y necesita, métodos crueles para imponerse y crecer. Simétricamente, la leyenda rosa miente la historia, elogia la infamia, llama "evangelización" al despojo más colosal de la historia del mundo y calumnia a Dios atribuyéndole la orden.

La leyenda negra nos propone la visita al Museo del Buen Salvaje, donde podemos echarnos a llorar por la aniquilada felicidad de unos hombres de cera que nada tienen que ver con los seres de carne y hueso que pueblan nuestras tierras. Y la leyenda rosa nos invita al Gran Templo de Occidente, donde podemos somar nuestras voces al coro universal, entonando los himnos de celebración de la gran obra civilizadora de Europa, una Europa que se ha derramado sobre el mundo para salvarlo.

Ni leyenda negra, ni leyenda rosa. Recuperar la realidad: ése es el desafío. Para cambiar la realidad que es, recuperar la realidad que fue, la mentada, la escondida, traicionada realidad de la historia de América.

En 1492, América fue invadida no descubierta, por la misma obvia comprobación de que en el año 218 antes de Cristo España fue invadida, y no descubierta, por las legiones romanas. Pero además, cabe afirmar que América no fue descubierta en 1492 porque quienes la invadieron no supieron, o no pudieron, *verla*.

Sí la vio Gonzalo Guerrero, el conquistador conquistado, y por haberla visto murió de muerte matada. Sí la vieron algunos profetas, como los sacerdotes Bartolomé de las Casas, Vasco de Quiroga o Bernardino de Sahagún, y por haberla visto la amaron y fueron condenados a la soledad. Pero no vieron la América los guerreros y los frailes, los notarios y los mercadores que vinieron en busca de veloz fortuna y que impusieron su religión y su cultura como verdades únicas y obligatorias. El cristianismo, nacido entre los oprimidos de un imperio, se había vuelto instrumento de opresión en manos de otro imperio que entraba en la historia a paso avasallante: el imperio europeo de Carlos V.

No había, no podía haber, otras religiones, sino supersticiones e idolatrías; y toda otra cultura era mera ignorancia. Dios y el Hombre habitaban Europa; en el Nuevo Mundo moraban los demonios y los monos. El llamado Día de la Raza inauguró un ciclo de racismo que América padece todavía. Muchos son, todavía, los que ignoran que allá por 1537 el Papa decretó que los indios estaban dotados de alma y razón.

Ninguna empresa imperial, ni las de antes ni las de ahora, *descubre*. La aventura de la usurpación y el despojo no descubre: *incubre*. No revela: esconde. Para realizarse, necesita coartadas ideológicas que conviertan la arbitrariedad en derecho.

Ya va siendo hora de que América se descubra a sí misma. Este necesario descubrimiento, revelación de la cara oculta bajo las máscaras, pasa por el rescate de algunas de nuestras tradiciones más antiguas. Es desde la esperanza, y no desde la nostalgia, que hay que reivindicar el modo comunitario de producción y de vida, fundado en la solidaridad y no en la codicia, la relación de identidad entre el hombre y la naturaleza y las viejas costumbres de libertad. No existe, creo, mejor manera de rendir homenaje a los indios, los primeros americanos, que desde el Ártico hasta la Tierra del Fuego han sido capaces de atravesar sucesivas campañas de exterminio y han mantenido viva su identidad y vivo su mensaje. Hoy día ellos continúan brindando a toda América, y no sólo a nuestra América Latina, claves fundamentales de memoria y profecía: dan testimonio del pasado y a la vez encienden fuegos alumbradores del camino.

Yo no soy de los que creen en las tradiciones por ser tradiciones: creo en las herencias que multiplican la libertad humana, y no en las que enjaulan. Cuando me refiero a las remoras voces que desde el pasado nos ayudan a encontrar respuesta a los desafíos del tiempo presente, no estoy proponiendo la reivindicación de los ritos de sacrificio que ofrecían corazones humanos a los dioses, ni estoy haciendo el elogio del despotismo de los reyes incas o aztecas.

En cambio, estoy celebrando el hecho de que América pueda encontrar, en sus más antiguas fuentes, sus más jóvenes energías. El pasado dice cosas que interesan al futuro. Si los valores que los indios reales, los indios vivos, encarnan todavía, no tuvieran más que un valor arqueológico, ellos no seguirían siendo objeto de encarnizada represión, ni estarían los dueños del poder tan interesados en divorcialos de la lucha de clases y de los movimientos populares de liberación. En nuestros días, la conquista continúa. Los indios siguen expiando sus pecados de comunidad, libertad y demás insolencias.

**\*Publicado originalmente pela Revista Casa de las Americas, número 186, Habana, Cuba.**